

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La abeja Maya y la mariposa (8/17)

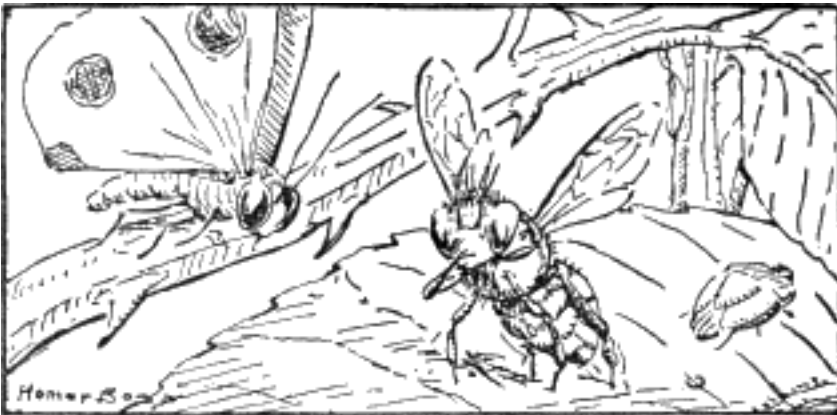
Su aventura con la araña dio a Maya algo en lo que pensar. Procuraría ser más cuidadosa en el futuro y no actuar de forma imprudente y apresurada. Tenía que tomar en serio las advertencias de Cassandra sobre tener cuidado con los peligros que amenazan a las abejas. Y había muchas cosas por descubrir, el mundo era un lugar muy grande. Había mucho que hacer para una pequeña abeja.

En las noches, cuando caía la tarde y Maya estaba completamente sola, pensaba en esto. Pero a la mañana siguiente, cuando brillaba el sol, se olvidaba de todas sus preocupaciones. Su deseo de nuevas vivencias la llevó de vuelta a la feliz carrera de la vida.

Un día conoció a una criatura muy curiosa. Era como un panqueque. Su caparazón se veía bastante limpio, pero no estaba claro si tenía alas. La extraña criaturita se sentó quieta sobre la sombra de la hoja de un arbusto de frambuesa con los ojos medio cerrados, perdida en su meditación. El delicioso aroma de las frambuesas llenaba el aire. Maya quería saber qué tipo de animal era. Voló a una hoja cercana y preguntó: "¿Cómo estás?". El extraño no respondió.

"Bueno, ¿cómo estás?", dijo Maya, y golpeó su hoja. El objeto plano abrió un ojo, apuntó a Maya y dijo: "Una

abeja. El mundo está lleno de abejas". Y volvió a cerrar el ojo.



"Qué extraña criatura es esa", pensó Maya, y decidió que descubriría los secretos del extraño ser.

¡Despertó su curiosidad más que nunca! Así que probó con miel. "Tengo un poco de miel", dijo. "¿Puedo ofrecerte un poco?". El extraño abrió un ojo y miró a Maya por un momento. "¿Qué dirá esta vez?", se preguntó Maya.

Pero esta vez no hubo respuesta. El único ojo volvió a cerrarse y el extraño se sentó muy quieto, pegado a la hoja, de modo que no podía ver sus patas. Casi se podría pensar que la criatura había sido aplastada con un dedo. Maya se dio cuenta de que el extraño quería ignorarla, pero ya sabes cómo es la pequeña abeja: no le gusta que la ignoren o la molesten, especialmente si aún no ha descubierto lo que quiere saber.

"¡Seas quien seas", gritó Maya, "puedo decirte que los insectos tienen la costumbre de saludarse, incluso más cuando uno de ellos es una abeja!". El insecto se quedó quieto, sin moverse y sin abrir su único ojo. "Seguro está enfermo", pensó Maya. "Qué horrible estar enfermo en un hermoso día como este. Por eso se queda en la sombra". Voló hacia la hoja y se sentó junto a la

criatura. "¿No te estás sintiendo bien?", preguntó, lo más amablemente posible.

En esto, la criatura comenzó a moverse. "Mover" es la única palabra que puedo usar, porque no caminaba, corría, volaba ni saltaba. Continuó como empujada por algo invisible.

"No tiene piernas. Por eso está tan enojada", pensó Maya.

Cuando llegó al tallo de la hoja, se detuvo por un momento, luego continuó y, asombrada, Maya vio que había dejado una pequeña gota marrón en la hoja.

"Qué extraño", pensó. Pero luego puso su mano frente a su nariz y la sujetó con fuerza. Un gran olor salió de la pequeña gota marrón. Maya casi se desmaya. Voló lo más rápido que pudo y se sentó en una frambuesa, manteniendo aun su nariz tapada y temblando de asco y disgusto.

"¿Por qué tocarías un insecto tan apestoso?", gritó alguien por encima de ella y se rió.

"¡No te rías!" !", Maya gritó Maya.

Buscó con la mirada. Una mariposa blanca se posó en una rama delgada del arbusto de frambuesa, abriendo y cerrando

lentamente sus anchas alas. Se sentó quieta y contenta bajo la luz del sol. La mariposa tenía esquinas negras en



sus alas y puntos negros redondos en el medio de cada ala. ¡Ay, qué hermoso, qué hermoso! Maya olvidó su molestia. Y también estaba feliz de hablar con la mariposa. Nunca había conocido a una, aunque había visto pasar muchas volando.

“Oh”, dijo, “probablemente tengas razón al reírte. ¿Ese era un insecto apestoso?”.

“Eso es lo que era”, respondió la mariposa, todavía sonriendo. “Es el tipo de criatura de la que hay que mantenerse alejado. ¿Probablemente todavía eres bastante joven?”

“Bueno”, comentó Maya, “yo no diría eso. He pasado por mucho. Pero ese fue el primer individuo de ese tipo que he encontrado. ¿Te imaginas hacer algo como lo que hizo esa chinche apestosa?”

La mariposa volvió a reír.

“Ya sabes lo que es”, explicó, “a los bichos apestosos les gusta estar solos. No son muy populares, por lo que usan la gota apestosa para llamar la atención. Sin esa gota, probablemente nos olvidaríamos de su existencia. Sirve como recordatorio. Y quieren ser recordados, de todos modos”.

Maya continuó hablando con la mariposa: “Tus alas son hermosas, realmente muy hermosas”, dijo Maya. “¿Me puedo presentar? Maya, del pueblo abeja”.

La mariposa plegó sus alas juntas y parecía como si una sola ala se mantuviera erguida en el aire. Hizo una ligera reverencia.

“Fred”, dijo despreocupadamente.

Maya miró a la mariposa con asombro.

“Vuela un poco”, pidió.

“¿Debería volar lejos?”.

“Oh, no. Solo quiero ver tus grandes alas moverse en el cielo azul. Pero no importa. Puedo esperar hasta más tarde. ¿Dónde vives?”

“En ningún lugar especial. Un lugar fijo es demasiado molesto. La vida se volvió encantadora cuando me convertí en una mariposa. Antes de eso, cuando era una oruga, todo lo que hacía era sentarme en el repollo todo el día, comer y pelear”.

“¿Qué quieres decir?”, preguntó Maya, desconcertada.

“Antes, yo era una oruga”, explicó Fred.

“¡Eso nunca podría haber sido posible!”, exclamó Maya.

“Bueno, bueno”, dijo Fred, apuntando sus antenas directamente a Maya, “todo el mundo sabe que una mariposa comienza como una oruga. Incluso los humanos lo saben.

Maya estaba completamente perpleja. ¿Podría algo así realmente suceder?

“Realmente tienes que explicarlo más claro”, dijo. “No puedo creer lo que dijiste. No puedes esperar eso de mí”.

La mariposa se sentó junto a la abejita en la delgada rama del arbusto de frambuesa, y se balancearon juntas con la brisa de la mañana. Él le contó cómo había comenzado su vida como una oruga y luego, un día, cuando salió de su última piel de oruga, se envolvió en un capullo.

“Después de algunas semanas”, continuó, “me desperté de mi sueño y atravesé la cáscara del capullo. No puedo decirte, Maya, lo que sientes cuando de repente vuelves a ver el sol después de tanto tiempo. Sentí como si me

estuviera derritiendo en un cálido océano dorado, y amaba tanto mi vida que mi corazón comenzó a latir con fuerza”.

“Lo entiendo, completamente”, dijo Maya. “Yo también me sentí así cuando dejé la vida cotidiana de nuestra ciudad abeja y volé hacia el brillante mundo de las flores”. La pequeña abeja se quedó en silencio por un momento, pensando en su primer vuelo. Pero luego quiso saber cómo podían crecer las grandes alas de la mariposa en el pequeño espacio de un capullo.

Fred se lo explicó.

“En el capullo, las alas están plegadas como los pétalos de una flor. Cuando el tiempo es claro y cálido, la flor tiene que abrirse, y los pétalos se abren. Así que mis alas primero se plegaron, y luego se desplegaron. Nadie puede resistirse a la luz del sol cuando brilla”.

“No, nadie puede resistirse a la luz del sol”, dijo Maya, mientras miraba a la mariposa sentada en la luz de la mañana, de un blanco puro contra el cielo azul.

“A menudo la gente nos acusa de ser frívolos”, dijo Fred.

“Pero estamos verdaderamente felices, solo eso, simplemente felices. No creerían la seriedad con la que a veces pienso en la vida”.

“Dime lo que piensas”.

“Oh”, dijo Fred, “pienso en el futuro. Es muy interesante pensar en el futuro. Pero ahora me gustaría volar. Los prados en las colinas están llenos de flores hermosas. Me gustaría estar allí, ¿sabes?”.

Maya lo entendió bien, así que se despidieron y volaron en diferentes direcciones. La mariposa blanca se balanceaba silenciosamente como impulsada por el suave



viento. Y la pequeña Maya voló, con el zumbido de la abeja alrededor de una flor. El sonido que escuchamos en los días hermosos y en el que siempre pensamos cuando pensamos en el verano.